

# FENOMENOLOGÍA

## SÓLO FUE UN SUEÑO

José Siles González



(I)

La pata gigantesca del mamut se le echaba encima y Kilik sólo era capaz de sentir algo más diferente al sudor frío que le recorría su cuerpo tembloroso: miedo. Kilik se despertó empapado y se acercó con la respiración entrecortada a una especie de cisterna natural donde se coleccionaba el agua procedente de las lluvias que, además de resbalar por las paredes desde grietas horadadas en la parte más cenital de la cueva, goteaba a través de las afiladas puntas de unas estalactitas impotentes para resolver aquel lagrimeo tanto más eterno cuanto más lento. Kilik sumergió la cabeza en la balsa. El agua fría lo despabiló, pero no empezó a serenarse hasta que pudo comprobar como roncaban los miembros de la tribu que dormían arracimados alrededor del fuego encendido en el centro de la cueva. Se acercó al lugar donde dormía Cril y lo zarandeó lo imprescindible para despertarlo sin molestar al resto de la tribu. Pero Kilik no pudo evitar que las airadas protestas de su amigo hicieran removerse a más de uno en su camastro de pieles de bisonte.

- ¡Déjame Kilik! -volvió a protestar Cril, que era uno de los mejores cazadores de la tribu y había salvado la vida de Kilik en más de una ocasión.

Pero Kilik insistió y logró arrastrar a su amigo hasta un rincón de la cueva para poder contarle lo que le había pasado. Todavía estaba muy alterado y no sabía muy bien que era lo que le había ocurrido.

- Acabo de verle - dijo Kilik mientras Cril bostezaba sin demostrar demasiado interés.

¿Qué es lo que acabas de ver?- le preguntó sin disimular su apatía, pues deseaba que aquello acabara lo antes posible para volver a dormirse y poder estar en condiciones en la dura jornada de caza que le esperaba.

- Un mamut -dijo Kilik.

- ¿Un mamut... aquí dentro, en la cueva? - exclamó incrédulo Cril. Kilik, entonces, le dijo que también lo había visto a él y que estaba a punto de suceder lo mismo que había pasado veinte lunas atrás cuando el mamut iba a aplastarlo.

- Volviste a salvarme: otra vez te debo la vida, no sé como agradecértelo, es una deuda enorme en vidas- dijo mientras Cril seguía frotándose los ojos; había estado toda la noche durmiendo y no sabía de qué le hablaba su amigo.

- Estás mal Kilik, lo que pasó hace veinte lunas no se ha vuelto a repetir... afortunadamente para los dos- dijo Cril esperando que su amigo se calmara y lo dejara irse a dormir.

Kilik insistió y le mostró a su amigo el cuerpo empapado en sudor, pero fue lo único que pudo argumentar a su favor porque no había rastro alguno que hiciera sospechar, ni remotamente, que un mamut hubiera estado allí aquella noche. Kilik miró desconcertado a su alrededor: sus compañeros dormían plácidamente y efectivamente no había huellas de paquidermo alguno, ni señales de violencia de ningún tipo. Se tapó los ojos con las manos para ahogar un sollozo que apenas pudo contener. Entonces fue cuando Cril sintió como si un rayo atravesara su cabeza de sien a sien abriendo un túnel por el que transitaba aquella misma

piedad que lo impulsaba a jugarse la vida para salvar a los demás en las situaciones más comprometidas y decidió que había llegado la hora de sincerarse y contarle a Kilik aquel suceso que había mantenido en el secreto más absoluto a pesar del tormento que le causaba:

- Yo también vi cosas que no eran, ¿recuerdas cuando me ataron al árbol de la vida durante dos soles y dos lunas? - le dijo a Kilik apartándole las manos de los ojos.

Cril le contó a su amigo la causa de aquel castigo cuyo misterioso origen nadie entendió en su día (pues la fama de cazador de Cril lo hacía acreedor a otro tipo de tratamiento).

Inexplicablemente, Elka, la mujer del jefe de la tribu, había acudido a su camastro para yacer con él en el transcurso de una noche que al avezado cazador se le había antojado demasiado corta: "Cuando a la mañana siguiente le comenté a Elka lo que me había gustado y las ganas que tenía de repetirlo, me miró con los ojos abiertos como si no supiera nada de lo que le estaba diciendo. Yo no debí seguir insistiendo porque sólo conseguí un puñetazo y que luego el jefe ordenara que me ataran al árbol de la vida".

- ¿Quieres decir que tanto el mamut como Elka son mágicos? - Preguntó atónito Kilik que no podía entender el hecho insólito de que ni Elka ni su mamut hubieran estado y no estado a la vez con Cril y él respectivamente. Impotentes para resolver la trama, los dos amigos volvieron a acostarse, pero no les dio tiempo a dormirse porque aquella misma noche -un par de horas antes de que amaneciera- el jefe empezó a gritar y a blandir los brazos como si se defendiera de algo sin dejar de dormir. Ante los miembros de la tribu en pleno, bruscamente despertados por los aullidos de terror de su líder, el hechicero de la tribu tuvo a bien inventar una palabra para explicar lo que estaba pasando: es sólo un sueño.

## (II)

La pantalla se encendió a la hora estipulada por la programación de la Hermandad Universal y una voz sibilante comenzó a ordenarle, uno por uno, los pasos que debía seguir para alcanzar el orgasmo. Cuando K.L.K creyó que había despertado,

ella todavía seguía encima, montada a horcajadas como una amazona que se resiste a bajarse del caballo con el que acaba de ganar la última carrera. Pero la pantalla se apagó difuminando la figura de aquella hembra con la que había hecho el amor siguiendo las prescripciones de la Hermandad Universal. K.L.K. Se removió en su cama de polvo de oro (un metal por el que se mataban los hombres hasta mediados del siglo XXI) y leyó el manual electrónico instalado en su reloj de pulsera: a los nueve minutos exactos sería padre. Llamó a I.K.A., la mujer con la que virtualmente había hecho el amor e intentó decirle lo emocionante que había sido, pero no le salieron las palabras porque en el fondo no tenía ni puta idea de lo que significaba el residuo más insignificante de emoción.

-Al principio puede parecer maravilloso, pero luego todo es igual: pura rutina -le contestó sin explicarle que ella ya había parido ciento treinta y dos hijos virtuales, todos de distintas razas, con pesos y padres virtuales diversos, incluso llegó a mezclar las características de varias etnias consiguiendo efectos espectaculares: niños albinos, glauco anfibios, rojiblanco, glaugranas e incluso pardo amarillentos; aunque, eso sí, todos - hasta los mismos negros - con ojos azules.

K.L.K no se inmutó y, después de alejarse lo suficiente de la pantalla del ordenador, siguió leyendo las instrucciones del manual instalado en su reloj de pulsera hasta que el persistente zumbido de la alarma, emitida como el grito gutural de un lejano y olvidado ancestro, empezó a sonar en el altavoz del ordenador: habían pasado los nueve minutos. La pantalla del monstruo informático volvió a ocupar todo el espacio de la estancia sin que nadie le negara el permiso que no había solicitado y, a cambio, K.L.K pudo asistir al parto de su primer hijo virtual: era precioso. No cabía en sí y, después de manipular con el ratón las opciones ofertadas por el programa en el que estaba instalado su primogénito, pudo comprobar cómo lloraba, le dio un baño, cambió sus pañales, le preparó el primer biberón y se lo administró como una nodriza que había extraviado su ánimo de lucro, con un sentimiento que no fue capaz de describir porque la palabra ternura hacía tiempo que había perdido su significado y nadie la usaba ya. Después lo acostó en su cunita azul (había elegido el sexo) y activó

una nana que había sido muy popular en Irlanda a mediados del siglo XIX. Luego anduvo trasteando el programa de los grandes almacenes virtuales y, después de seleccionar "moda infantil del siglo XX", le compró un par de mudas, cuatro peles y dos pares de botitas de punto (azul y blanca respectivamente). Luego, tras arroparlo en su cunita,

lo programó para que llorara un par de veces durante la noche (a las tres cuarenta y cinco y a las seis y diez) y le dio un beso. No le dijo que tuviera buenos sueños porque también esa palabra se había malogrado y nadie sabía ya qué puñetas quería decir: el invento de un oscuro hechicero del neolítico había pasado a mejor vida.

